

Garbanzos con gorgojos

Raquel Nevado Ronco

Desde el frente, 1937

Queridísima Inés:

No sé exactamente qué día es, pero creo que estamos en noviembre. Te escribo para contarte que me encuentro bien y que no debes preocuparte por mí. Hemos construido trincheras nuevas entre las rocas. Son cómodas, apenas noto la piedra clavándoseme en los costales, porque pienso mucho en nuestra cama: en nuestras sábanas blancas y almidonadas. Durante la noche, hasta puedo sentir el roce de tus piececillos helados bajo los míos. Inés mía, qué pies más fríos tienes siempre. Tan fríos que aquí en la sierra hasta creo que hace calor. Escucho tu respirar lento mientras duermes y así no percibo cómo tintinean las alambradas ni cómo crujen las botas enemigas sobre la nieve, porque imagino que son tus manos partiendo un chusco de pan caliente.

Cuando amanece, hago tres cuartos de lo mismo. Echo a andar hacia mi puesto y observo el frente con el fusil en la mano temblorosa y ahí es cuando te me apareces del todo. Inés mía, ¡qué suerte tengo! Puedo distinguir tu silueta en la línea del alba. Llevas ese vestido de florecillas que te hizo tu madre para nuestra boda. Tiene doce botones pequeños que nunca he sabido desabrochar con paciencia. Hace frío y te pones la rebeca de lana, te la cruzas con ambas manos y caminas hacia mí. Me dices buenos días, y me das un beso en la mejilla y yo te pido que te acerques, mujer, y entonces compruebo que aquí sí que puedo desabrochar los botones uno a uno con aplomo. Te arrimas y yo descubro el olor a hierba fresca por tu cuello y tus pechos. Cierro los ojos y, cuando los abro, se ha deshecho la nieve y sale un sol naranja que me calienta las manos. Creo que por eso a mí no me pican los sabañones como a Pedro.

Después del amanecer, refuerzo los parapetos con sacos de arena y tú te empeñas en venir conmigo de nuevo, pero te enfadas porque estoy fumando mucho y por las noches toso demasiado.

Durante la comida, Pedro me explica que las tropas nacionales han tomado Gijón y Avilés. Sostengo la cuchara en el aire un rato y, cuando me la llevo a la boca, compruebo que hoy me has traído unos pedazos de tocino, que se me deshacen como si masticara nubes.

Llevas media mañana removiendo el puchero. Hoy estás muy callada, me pregunto qué te ronda por la cabeza. Andas de un lado a otro y resoplas. Te agarro de la cintura. Mujer, ¿qué te pasa? te pregunto y de tu boca salen flores y entre las flores me dices que estás embarazada.

¡Cuánto te ha crecido la barriga! No te preocupes, que para cuando nazca, ya le habré tallado varios juguetes de madera y dispuesto una trinchera cómoda para los tres. Tú trae las sábanas.

Inés mía, me despido. ¡Cuánto te quiero! Nunca podré agradecerte lo suficiente que vengas aquí conmigo cada día.

Siempre tuyo, tu esposo José.

